



EN RELACIÓN CON EL DEBATE SOBRE AUTORIDAD DEL PROFESORADO

¿AUCTORITAS O POTESTAS?

MANUEL DIOS DIZ

PRESIDENTE DEL SEMINARIO GALEGO DE EDUCACIÓN PARA A PAZ

La escuela, el instituto que conocemos y recordamos los adultos, digamos de mediana edad, muy poco tiene que ver con los actuales. Basta escuchar los comentarios de algunas personalidades públicas en estos días para enterarse de lo lejos que están de la realidad educativa. Entre otras cosas, porque la sociedad cambió extraordinariamente y de manera muy rápida, como nosotros mismos, y porque ahora van al instituto todos los alumnos y alumnas, no una minoría seleccionada, como en otras épocas. Hablamos de la totalidad de los chicos y chicas en edad escolar, es decir, de los que quieren estudiar, de los que valoran el esfuerzo y el saber, de los que provienen de ambientes económicos y culturales acomodados, y de aquellos que viven en familias desestructuradas, junto con los que objetan, los que asisten por obligación, los que arrastran carencias relevantes (afectivas, económicas, culturales...), y los superprotegidos, los de la llave, los emperadores, los amos, los que viven la violencia (de género y otras) como modelos, los hiperactivos, los que tienen dificultades, los que detestan de la imagen que la escuela les devuelve de sí mismos... todos y todas sin excepción. Esto, simplemente esto, cambió por completo los colegios y los institutos. Y muchas personas siguen sin comprenderlo, mucho menos asumirlo.

Si algo compartimos es que no debemos legislar a golpe de titular ni

tampoco en función de la alarma social generada. No parece lo más sensato. La educación maneja (o debe manejar) tiempos muy distintos de los que utiliza el periodismo o la política. El profesorado trabaja con personas concretas, con ritmos y necesidades distintas, no en función de intereses económicos, mercados, ventas, beneficios, audiencias... o votos. Por eso el tiempo educativo no tiene nada que ver con la fugacidad del tiempo televisivo, radiofónico o electoral.

Analizar la situación, conocer lo que sucede en el sistema educativo, hacer un buen diagnóstico, resulta imprescindible para encontrar vías de mejora de la calidad, de la convivencia, de los resultados académicos, del clima escolar. Y esto no tiene nada que ver con las ocurrencias, ni con el alarmismo, ni tampoco con el pensamiento maniqueo, con el blanco y el negro, el todo o el nada, tan frecuente en los titulares y en las declaraciones. La educación significa *aprender a dirigir con sentido la propia vida*, en palabras de D. Francisco Giner de los Ríos, e implica no solo información sino también conocimiento, contraste, reflexión, elaboración... en definitiva, huir del pensamiento maniqueo, de la simplicidad, de las recetas mágicas, de las causas únicas, de las ocurrencias, diga quien las diga. Y por eso resulta tan frustrante, tan difícil, querer matizar, especialmente, en los medios de comunicación, porque en muchas ocasiones, un titular re-

petido mil y una veces, a todas horas, en todas las cadenas, desbarata miles de esfuerzos porque, al final, lo que escuchamos es el enorme estruendo del árbol que cae mientras que ignoramos el sonido de la hierba que crece cada día... las malas noticias son las únicas noticias y esto nos da una visión parcial o falseada de la realidad.

HUIR DE LA GENERALIZACIÓN

No podemos solventar los temas a golpe de frase ingeniosa, creernos de verdad que la conflictividad escolar puede resolverse con tarimas, recuperando el tratamiento de usted, o con galones más o menos llamativos impuestos por la autoridad política de turno. Las cosas, por desgracia, no son tan simples, y ellos lo saben.

Además, no es verdad que la gran mayoría del profesorado no tenga autoridad o que decline de ella. Tampoco que el alumnado en general no respete a sus profesores, que sea violento o borracho, inconsciente o irresponsable como tantas veces se reitera. O que las madres y los padres pasen de la educación de sus hijos e hijas. Y que los centros sean *territorio comanche*. No es cierto. Nada más lejos de la realidad. Tenemos que huir de las generalizaciones, de las atribuciones globales de responsabilidad, de confundir una parte con el todo, por muy llamativo que sea, y analizar con detalle lo que sucede, con rigor, sin perjuicios, distinguiendo la paja

del grano, identificando bien los problemas, asumiendo que todos y todas tenemos porciones de razón y de culpa, y debemos ser parte de la solución.

No podemos seguir trasladando a los demás las causas de los males que percibimos en el sistema educativo, *que si los padres, que si los profes, que si los chavales, que si la administración, que si los media... no basta con repetir que para educar a un niño hace falta a tribu entera*, sino creerlo de verdad y obrar en consecuencia. Y existen, desde hace años, en todo el Estado, en las CC.AA, planes integrales de mejora de la convivencia escolar, observatorios, protocolos, departamentos de orientación, equipos de mediación y tratamiento de conflictos... lo que sorprende es que esta realidad, la mayoritaria convivencia escolar en los miles de centros educativos, no resulte visible, atractiva, interesante, reconocible, evaluable. Esto provoca grandes dosis de frustración en los educadores y en las educadoras, en las miles de personas que se esfuerzan cada día, a pie de aula, por mejorar el clima escolar, por ilusionar a su alumnado, por hacerles ver que la educación, la cultura, el trabajo bien hecho, son útiles, contra todo el ambiente social y los mensajes constantes que reciben, a diario, en sentido contrario, la fama, el éxito, el minuto de gloria, el triunfo sin esfuerzo, el dinero a manos llenas, y modelos y referentes tan edificantes como Belén Esteban o la Campanario... mañana y tarde, a todas horas...

AUCTORITAS

El ministro de educación, con una trayectoria profesional dedicada a la reflexión filosófica, a la metafísica, está muy lejos del pensamiento maniqueo, de las soluciones mágicas, de las ocurrencias, y quiere, como tantos docentes, un

“NO ES VERDAD QUE LA GRAN MAYORÍA DEL PROFESORADO NO TENGA AUTORIDAD O QUE DECLINE DE ELLA”

pacto de estado por la educación, qué hermosa utopía, apelando a la tribu entera para cambiar nuestro sistema educativo que, como no, necesita mejorar, y quiere hacerlo con todas las manos, con acuerdos, con diálogo, con consenso. Pero probablemente fracase porque los tiempos educativos no son los políticos y las grandes necesidades significan también grandes recursos, y en épocas de crisis, ya se sabe, lo más efectista resulta sacarse una gorra de la manga e imponer la autoridad por ley.

Con mucha frecuencia confundimos la auctoritas con la potestas que también distinguían los romanos. La primera tiene que ver con la autoridad moral que tenemos que ganar cada día con nuestra profesionalidad, con el buen ejemplo, con el respeto, con la dedicación, con el cariño, con los afectos y los sentimientos, con la persuasión y la convicción, con el diálogo, con la comunicación, con generosidad, con nuestros conocimientos, experiencia, comportamientos y conductas, sabiendo y preparando la materia... esta ascendencia moral no se compra en el supermercado, ni se compra ni se vende, se aprende y se construye cada día, con mucho esfuerzo, con ilusión, con vocación, con amor por este hermoso oficio, el de enseñar, aprender y compartir cultura, saber y sabiduría... mientras que la **potestas**, por lo contrario, consiste en un conjunto de facultades públicas que son otorgadas, desde fuera, a una persona de acuerdo con unas formalidades bien definidas, se trata de un poder que no emana de la condición personal del

titular, sino que está relacionada con la fuerza y la imposición coercitiva, con aquello que Maquiavelo decía: el príncipe debe infundir temor e imponerse por la fuerza de la espada... por eso, el debate sobre la autoridad debiera de ser moral, ético, profesional, humanista, educativo...

Sinceramente estoy convencido de que la mayoría del profesorado tiene autoridad suficiente, capacidad de persuadir y de convencer, auctoritas.

Los propios centros escolares tienen, además, recursos y mecanismos variados, planes, equipos, protocolos que permiten resolver los conflictos razonablemente bien, sin caer en el victimismo, por lo que no necesita invertirse de potestas pública, mejor dicho, que alguien externo al propio sistema la imponga, porque, entre otras cosas, sin auctoritas no hay potestas por mucho que alguien se empeñe en convertirnos en agentes de la autoridad pública... las cosas son mucho más complejas.

Por cierto, en muchos centros educativos hay docentes sin autoridad moral. Todos lo sabemos. Algunos reciben mucho más respeto de su alumnado del que merecen. Es un decir. Como existen padres y madres con muy poca ascendencia sobre su prole. Y médicos incompetentes, y periodistas, y maestros... lo que tiene que ver con la formación inicial y permanente, con el acceso, con desempeñar o no el oficio que se quiere, que se ama... pero esto merecería otro artículo.

Una pregunta impertinente: ¿como padres y madres, como abuelos y abuelas, como tutores y tutoras, como políticos,... ¿tenemos auctoritas? ¿Nos la ganamos cada día con nuestros comportamientos y conductas?, o ¿habría que imponérsela también por ley?...■